

# UNA PRIORIDAD POSTERGADA

Por NEWTON BRIONES MONTOTO

Quizás nuestra cultura nos privó de aprender a establecer prioridades. La falta de un desarrollo económico debe estar entre sus causas. Prioridad es la manera de saber lo que es o no importante. Lo que va primero y lo que va después. Es ahorrar tiempo para utilizarlo en otra tarea, como descansar para recuperar fuerzas. El desconocimiento no es de esta época. Nos acompaña desde hace mucho, tanto que nuestra memoria no alcanza para saberlo. Algunos aspectos trascendentales de nuestra historia han transitado de una manera tranquila y apacible. Como si fueran las playas de nuestras costas o una arboleda de mangos con sus frutos colgando en espera de nuestro apetito. Sin darnos cuenta los siglos han consumido asuntos importantes de nuestra existencia por no haber sabido atender el concepto de prioridad. Las relaciones de Cuba con Estados Unidos es un buen ejemplo de nuestra inacción. Verlo a través de diferentes etapas de nuestra historia nos puede dar alguna claridad.

Cuba comenzó a ser conquistada por Diego Velázquez en 1511, cuando llevó a cabo la fundación de Baracoa. Sin embargo, no fue hasta después de dos siglos, en 1763, que las autoridades de la época comenzaron a tomar conciencia del valor de la Isla. Un evento no programado impulsó la comprensión de esa realidad. Con la dominación inglesa de La Habana, en 1762, comenzó su verdadero desenvolvimiento económico. El gobierno británico abolió los monopolios mercantiles españoles y estableció el comercio libre. En los 10 meses que duró la ocupación inglesa entraron al puerto de La Habana cerca de mil embarcaciones. Antes de esa fecha, solo llegaban seis. Los criollos conocieron de repente la miel de la libertad mercantil. Haber abierto el puerto de La Habana se convirtió en un espejo donde los cubanos se podían mirar y comparar. En ese corto periodo las tiendas se llenaron de mercancías, hecho nunca visto con anterioridad. Según crónicas de la época daba gusto ir al comercio, en donde el movimiento parecía una fiesta continua. El dinero corría a chorros. Hay una cuarteta de aquel entonces que señala hasta un cambio de los sentimientos:

Las muchachas de La Habana  
no tienen temor de Dios  
y se van con los ingleses  
en los bocoyes de arroz.

Alguien en un arranque de emoción afirmó: “Es una lección que los cubanos disfrutaron y nunca olvidarán”. El periodista italiano Aldo Baroni negaría la afirmación a través de su libro *Cuba, país de poca memoria*. Quizás la retentiva es la que nos impide establecer una prioridad. ¿Cuál de las dos opiniones tenía razón?

Después de siglos de colonización, la Metrópoli aún no había descubierto a la mayor de las Antillas. Ignoraba las ventajas de su posición geográfica, su potencial económico y su valor comercial. La ceguera de la Metrópoli venía desde antes del descubrimiento de la Isla. La mentalidad feudal de España no le permitía sacar un mayor provecho de ella misma ni de su colonia. Las enormes riquezas de América pasaron por sus puertos sin saber que habían pasado. Esa fuerza británica desembarcada como un ciclón tropical en las costas cubanas los hizo pensar en lo frágil de su posición. El susto propinado por los ingleses les hizo tomar conciencia de su debilidad. A partir de esa época y de la devolución de la Isla a España, el 13 de julio de 1763, por el tratado de Versalles, empezó el gobierno español a tomar en consideración a la Isla. Para no sufrir un nuevo revés comenzó a hacer algunos cambios. Se construyeron fuertes con la intención de convertirla en un bastión inexpugnable. Viejos y nuevos castillos dieron a la ciudad una extraña imagen feudal, con sus casas prisioneras de la gran Muralla de La Habana. Ciudad ceñida a la perpetua vigilancia de las altas fortalezas. Con su acción demostraba un error de conocimiento y una vez más falta de prioridad. Las bases de un gobierno son sólidas cuando descansan en la confianza y colaboración del pueblo y no cuando dependen de la construcción de fortalezas. También la Metrópoli otorgó a su colonia servicios que antes carecía. Dotó a la administración de un correo marítimo, intendencia general de Hacienda, administración general de rentas, rotulación de calles y numeración de las casas. Lo que se hacía en tan poco tiempo era algo superior a lo que se había hecho en siglos anteriores. Aunque insuficiente de acuerdo con las necesidades del país y de los ciudadanos. Para esta fecha Estados Unidos se presentaba ya como una nación en desarrollo y dispuesta a seguir creciendo. Sin que nadie lo supiera ella debía ser la prioridad de la Isla, un peligro advertido por muy pocos. Mientras, la Metrópoli y sus capitanes generales, continuaban detrás de las simplezas.

**La historia demostró que los presentimientos de Arango y Parreño y José Martí sobre el peligro tenían bastante de acierto. Estados Unidos dominó América como su traspatio. Esa es una verdad, pero hay otra. Aunque Cuba hubiera obtenido su independencia sin la intromisión de los estadounidenses, el atraso económico la hubiera hecho caer en manos del Norte como fruta madura.**

En 1792 Francisco de Arango y Parreño escribió su célebre *Discurso sobre la agricultura en La Habana y medios para fomentarla*. Cuando cursaba estudios en España, por su cultura e inteligencia, se hizo acreedor de la admiración de todos los que le conocieron, incluidos los altos funcionarios de la corona española. Arango y Parreño hubiera pasado de largo por la vida a no ser la coyuntura que le tocó vivir. Estaba en el lugar apropiado en un momento favorable. Su inteligencia no hubiera tenido una aplicación tan destacada a no ser por esa casualidad. Haber nacido en Cuba, un año después de los ingleses haber tomado la Isla. Haber estudiado en España con una situación tan particular en la Isla. Hacia 1789 recibió el cargo de apoderado del Ayuntamiento de La Habana, y desde esta responsabilidad comenzó sus gestiones cerca del Rey en beneficio de la Metrópoli y también de la colonia. Quiso que España hiciera más de lo que había hecho por su colonia como una manera de retenerla. Vio peligros en la manera de conducir su posesión. Arango conocía de primera mano los más importantes problemas económicos y sociales de la Isla. Redactó y expuso su visión crítica, aunque con mucha suavidad y mesura. Con fervorosas expresiones de devoción, lealtad al rey y acendrado amor a España. Su doble amor lo hacía pensar que solo la prosperidad económica era lo conveniente para ambos. En su viaje por Inglaterra descubrió las posibilidades de la máquina de vapor. Intuyó que serviría si la adaptaban para moler caña. Una nueva herramienta para producir

con más eficiencia. Desde su perspectiva cubana avizoraba la equivocada posición de la península.

“Las Cortes, antes de pensar “en la esclavitud civil”, debían pensar “en la esclavitud política”; en crear los medios “de dar vigor a la inerte política, a la muerta y corrompida administración en todos los ramos”; en deslindar la esencia y las atribuciones del gobierno nacional y provincial; en reformar los viciados y defectuosos órganos del antiguo gobierno, y en dar a la industria de los países de América la dirección y salida que fuese más provechosa”.

Sin embargo, el interés del comercio peninsular se oponía a desprenderse de sus privilegios. Ellos influían en la Corte y esta a su vez tenía temor a crear una clase pudiente que después pidiera un espacio político. A España la inhibía la Revolución de Haití de 1801 y los intentos de insubordinación en América Latina. Perder su colonia los aterraba, el miedo les impedía hacer lo contrario para retenerla. La desconfianza pesaba más en las decisiones del gobierno que las quejas de sus provincias de ultramar. Arango y Parreño consideraba a España su madre patria y no quería distanciarse de ella. Pero las faltas cometidas por la Metrópoli con sus colonias no lo hacían perder su objetividad en la necesidad de cambiar. Su previsión lo llevaba a tratar también por primera vez, clara y abiertamente, el peligro de la absorción norteamericana:

“Vemos crecer -decía- no a palmos sino a toesas<sup>1</sup> en el septentrión de este mundo, un coloso que se ha hecho de todas castas y lenguas y que amenaza tragarse, si no nuestra América entera, al menos la parte del norte; y en vez de tratar de darle las fuerzas morales y físicas (a Cuba) y la voluntad que son precisas para resistir tal combate; en vez de adoptar el único medio que tenemos de escapar, que es el de crecer a la par de este gigante tomando su mismo alimento, seguimos con la idolatría de los errados principios que causa nuestra languidez, y creemos conjurar la terrible tempestad, quitando los ojos de ello, queriendo que todos los quiten, y llegando en esta parte hasta el extremo de oír si no con indignación, al menos con desabrimiento, a los buenos españoles que, interesados cordialmente en la gloria de su origen y en el bien de su nación, han sabido algunas veces hablar con tímidas frases de nuestra ceguedad imperdonable, de nuestro riesgo inmediato y de su único remedio”. “La posteridad -decía el informe- no creará la exterior indefensión y el abandono interior de esta Isla en tan crítico momento”.

Él fue uno de los primeros en advertir el peligro de Estados Unidos, lo explicó y abogó por acciones. Desgraciadamente para España y los españoles, su consejo no fue aceptado. La península hizo oídos sordos a los reclamos de tan ilustre hombre. Fue tildado de inde-

**DE LAS ENTRAÑAS  
DE LA ISLA**

## DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA

pendentista por los comerciantes hispanos, contrarios a cualquier reforma que beneficiara a los criollos. La ceguera política los hizo ver más peligro en los criollos que en Estados Unidos. El gobierno español consideró que no hacer cambios le garantizaba la colonia y erró en su prioridad. Le resultaba difícil reformular sus objetivos y estructuras, era altamente refractaria al cambio. La península estaba encasillada en sus atrasados procedimientos y en la tradición. Sus símbolos habían adquirido carácter sagrado; cualquier propuesta de cambio era interpretada como subversiva. No estaban en condiciones de adaptarse al cambiante escenario de la época. La historia está repleta de naufragios de instituciones, otrora poderosas, atrincheradas en el prestigio, el poder o la riqueza. Al final de su estancia en Cuba, la Metrópoli lanzó su último estertor sibilante, propio del coma y la agonía: “Hasta el último hombre y la última peseta”. Lo perdieron todo al ser incapaces de introducir las modificaciones necesarias que les permitieran ajustarse a las nuevas situaciones.

El tiempo, como siempre, continuó transcurriendo indeteniblemente. Desde 1792, momento en que Arango y Parreño hizo sus advertencias, hasta 1895 transcurrieron más de 100 años. Las condiciones económicas y políticas por las que luchó en su momento, habían desaparecido. Ya los cubanos no aceptaban ser una provincia de España, luchaban por su libertad e independencia. Sin embargo, lo que no había cambiado era la presencia y el peligro creciente de los Estados Unidos. El vecino del norte estaba cada vez más cerca de Cuba. José Martí también advirtió el peligro. “ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”. Sin embargo, antes de haber arribado a la independencia ya los norteamericanos tenían inversiones en Cuba. Tenían puesto un pie, solo les faltaba poner el otro y, con la ayuda de los dos, el cuerpo. Esto explica que una vez derrotada España sus peones hicieran actos de presencia, Estrada Palma y la Enmienda Platt. La historia demostró que los presentimientos de Arango y Parreño y José Martí sobre el peligro tenían bastante de acierto. Estados Unidos dominó América como su traspatio. Esa es una verdad, pero hay otra. Aunque Cuba hubiera obtenido su independencia sin la intromisión de los estadounidenses, el atraso económico la hubiera hecho caer en manos del Norte como fruta madura. La escasa economía en manos de los mambises sucumbió como resultado de la guerra. Y los comerciantes españoles se pusieron de acuerdo con los nuevos amos. El camino para Estados Unidos estaba expedito. El ingrediente económico

previsto por Arango y Parreño, seguía pendiente: “en vez de adoptar el único medio que tenemos de escapar, que es el de crecer a la par de este gigante tomando su mismo alimento”. Por eso, después de haber alcanzado su independencia de España, rescatar su riqueza se convertía en la prioridad de la nación. El escritor, ensayista y profesor universitario Jorge Mañach lo expresó en sintética frase: “Adelantar la colonia en una República que se bastara a sí misma”. Antes había que obtener la independencia política para decidir sobre la económica. Pero ya los Estados Unidos estaban presentes en la Isla.

Sin embargo, después de esa fecha el asunto siguió pasando inadvertido como había sucedido dos siglos atrás. Las causas pueden ir desde el desconocimiento hasta los intereses económicos y políticos en juego. No es hasta 1933 que el nuevo gobierno retoma los avisos de Arango y Parreño y José Martí. El doctor Ramón Grau San Martín gobernó durante ciento veintisiete días. Le propusieron para integrar el gabinete a un joven de 26 años, Antonio Guiteras Holmes. Él lo nombró secretario de Gobernación. En un artículo titulado “Septembrismo”, Guiteras expresó los fines de aquel gobierno: “Nuestro programa no podía detenerse simple y llanamente en el principio de la no intervención. Tenía que ir forzosamente hasta la raíz de nuestros males, el antiimperialismo económico. Yo tengo la satisfacción de haber llevado a la firma del Presidente Grau los decretos que atacaban más duro al imperialismo yanqui”. Sin ser excluyente, los dos objetivos, la prioridad debió ser la unidad del gobierno primero y después el rescate de las riquezas en manos de los norteamericanos. La primera prioridad sucumbió, la segunda le siguió después. Estados Unidos no se quedó cruzado de brazos, hizo alianza con Fulgencio Batista, jefe del ejército, y derrotó a los insubordinados. Entonces volvió a ocupar su puesto en la plaza ocupada con anterioridad. No obstante haberse ido la Revolución del 30 a bolina, su ejemplo antiimperialista y la búsqueda de una mayor justicia social quedaron como un legado glorioso, que fue retomado en 1953 por Fidel Castro y la juventud del Centenario del Apóstol. Algunas de las leyes del gobierno Grau/Guiteras permanecieron sin poder ser invalidadas por el nuevo gobierno.

El primero de enero de 1959, con el triunfo de la Revolución, Estados Unidos pierde de nuevo la posición. Fidel lo había advertido: “Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero”. Los gobernantes norteamericanos se resistieron con tenacidad a lo que consideraban suyo. No hubo pasividad en su actitud y emplearon todo tipo de armas para liquidar al movimiento revolucionario que les había quitado su privilegiada posición. Utilizaron desde la guerra no declarada hasta las armas políticas de grueso calibre.

El bloqueo a la Isla no aflojó en ningún momento. El diferendo ya dura más de cincuenta años y la Revolución ha sabido resistir los embates. No obstante, su resistencia no ha logrado superar los aspectos económicos. Su prioridad de frenar al imperialismo consumió el tiempo y las energías. Por los resultados obtenidos, sería bueno preguntarse si la prioridad establecida fue la correcta. No se detuvo el dios Crono y las hojas del almanaque continuaron deslizándose hacia donde radicaba la gravedad. Sus dirigentes históricos, Fidel y Raúl Castro, envejecieron. Uno debió ser operado y quedó inhabilitado para continuar en el cargo. El otro fijó fecha para el término de su mandato. Si Estados Unidos había esperado tanto tiempo para recuperar su plaza, ahora ha creído ver la luz al final del túnel. Paciencia, he ahí la clave del éxito, nos había explicado José Martí. Factores importantes estarían a su favor. Los cubanos residentes en el exterior con influencia económica sobre sus familiares de la Isla. Una economía en proceso de actualizar su modelo. Su meta puesta en lograr un “socialismo próspero y sustentable”, y con una frase condicionante “Sin prisa pero sin pausa”. La meta fijada se debía hacer en el tiempo previsto de cuatro años, y lograrlo sería una proeza. Para los Estados Unidos esperar sería la palabra de orden. Su meta, recobrar la plaza ocupada cuando hubieran desaparecidos los líderes históricos. Y frente a esa amenaza en ciernes, a Cuba una vez más se le presentaba el dilema de establecer la prioridad. A pesar del tiempo transcurrido no estamos vacunados para protegernos de semejante mal. ¿Alguien se ha detenido a pensar en lo simpático que podrían mostrarse los norteamericanos si se les presentara una coyuntura propicia? Los ingleses, en 1762, sin proponérselo, lo consiguieron por medio de la seriedad en el manejo de los negocios y el sentido de las jerarquías sociales. La división estricta de las razas y la abundancia de esclavos traídos en sus naves. También para los habitantes de la Isla resultaron contrastantes y deslumbrantes la palabra dada y la puntualidad. Los cubanos de la alta clase social fueron los primeros en sentirse regocijados con tantos cambios favorables. Ante las perspectivas de un cambio de dirigentes los Estados Unidos ya tienen elaborado una estrategia. Levantarían el bloqueo y sus productos solo tendrían el tope económico para ser importados. Los familiares podrían enviar dinero sin límites. La ley de “pies secos, pies mojados” se eliminaría y ampliarían el otorgamiento de visa. Ya hay un adelanto con la autorización de cinco años de visa múltiple. Abogarían por eliminar los Comités de Defensa de la Revolución y las Milicias Nacionales Revolucionarias. Buscarían ampliar los partidos políticos y la democracia. Ofrecerían inversiones norteamericanas para desarrollar el país y comprar azúcar y otros productos agrícolas e industriales. En fin, su rostro mejoraría aunque el objetivo fuera volver a adquirir sus latifundios y sus empresas de an-

tes. Manejar la economía primero y después la política, todo volvería a ser como antes del 59. Con el beneficio extra de liquidar a Cuba como ejemplo para América Latina. Me imagino al Tío Sam y a Liborio expuestos en un cartel de La Habana. Ambos mostrando una amplia sonrisa y una frase a sus pies: Estados Unidos ayuda a Cuba. La política es, en primer lugar, el estudio de las luchas por el poder entre los hombres. La historia de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos es eso. Uno por someterla y el otro por no dejarse someter. La historia de Cuba nos debe servir, también, para priorizar el estudio de nuestro contendiente. El ejemplo de los vietnamitas nos viene bien. Las derrotas de los franceses y los norteamericanos no fueron casuales. Sus lecciones de historia están en función de la lucha contra la invasión extranjera. Durante siglos sufrieron numerables penetraciones. Esto puso de manifiesto la importancia del estudio de la historia militar, tanto propia como enemiga. Las experiencias resumidas en una dirección, la conducción de una guerra. Con todos estos antecedentes deberíamos replantearnos nuestro objetivo. Colocar el fin político en primera fila y el económico detrás. La economía en función de un fin político, evitar la penetración de los Estados Unidos. Visto de esta manera impediríamos el error cometido hace dos siglos por España. El temor al desarrollo de los criollos y el acierto de Arango y Parreño al tratar de evitar a “un coloso que se ha hecho de todas castas y lenguas y que amenaza tragarse...” Avanzar impetuosamente en lo económico, “no a palmos sino a toesas”, como observó hace dos siglos aquel ilustre hombre. Y aunque las ideas iniciales de la Revolución sufran alguna modificación quedará a su favor, no obstante, una distribución más justa de la riqueza. Avanzar tanto que les impida apoderarse de nuestro país por debilidades económicas. Y si los dirigentes históricos dejaron de existir, no sería ya ese un problema, porque sus ideas estarían en desarrollo y sería imposible volverlas atrás. “O Cuba cambia o se hunde la Revolución. Así de sencillo”.<sup>2</sup>

Notas:

1- (Del fr. toise). f. Antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1,946 m.

2- “Discurso pronunciado por el general de Ejército Raúl Castro Ruz, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en la clausura del Sexto Período Ordinario de Sesiones de la Séptima Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular”, República de Cuba, 18 de diciembre de 2010.

## DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA